

(CUENTO)

GERMINAL

Por

REMIGIO S. JOCSON

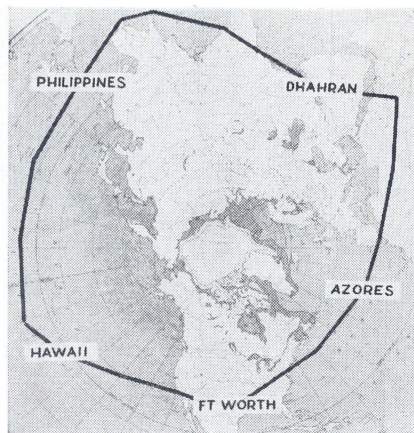
Era una tarde luminosa de mayo. En los campos los pájaros modulaban los últimos sonidos de su orquestal concierto, con arpeggiadas notas que penetraban en la estancia; en los jardines de exuberante florecimiento, las flores se desmayaban al beso frenético del sol, vertiendo toda la gama de sus perfumes que saturaban el ambiente e invitaban a un dulce recogimiento, para que pudiera solazarse el alma tras las amargas y sinsabores de la vida. Oscar Antonio aspiraba con fruición esta embelesadora brisa, sentado en uno de los bancos desvencijados del plácido "jardín botánico" que era el lugar preferido en aquellos memorables tiempos en que iba a pasearse en él, aquella juventud traviesa y romántica del pasado. Sumergido en profundas cavilaciones, el vuelo de su imaginación le transportaba a dichas pretéritas, y veía reverberar en el lago crepuscular de sus recuerdos su juventud plebética de ensueños, de alegría y de amor... Ninguna nube de infelicidad se cernía entonces en el horizonte de su dicha; mientras que hoy... le atenaceaba el dolor de la vida conyugal, una vida insoportable, presa de un desengaño cruel. No era el aguijón de los celos lo que motivaba su infortunio; era la incompatibilidad de caracteres la que turbaba la paz y el sosiego de su hogar, y era el gran obstáculo que se había presentado en su camino, el problema de su más difícil solución... De repente, un aeroplano que volaba muy bajo y muy por encima de él, sobre la copa de los árboles, le despertó de su ensimismamiento con el ruido estridente de su hélice y se vio cara a cara con su amigo íntimo y antiguo camarada de colegio, Peping

Jiménez, que desde hacía bastante rato estaba contemplándole.

—¿Qué te pasa...? —le dijo Peping.—¿Por qué estás cabizbajo y pensativo? ¿Te ocurre algo malo en la vida? Tú no eras antes así; eras jovial y comunicativo. Pero la otra vez que te visité, observé que tenías una conversación fría y veía en tus ojos una tristeza indefinible. Me extraña muchísimo encontrarte aquí, solo, en este apartado lugar, siempre triste, des-

consolado, meditabundo. Dime la verdad de la amarga vida que estás pasando, por si en algo puedo ayudarte para aligerar el peso de tu dolor.

—Siéntate y te lo contaré —replicó Oscar—. Nos casamos Adela y yo, como bien sabes, hace ya más de tres años y, a pesar de nuestra situación económica poco satisfactoria, nuestra vida florecía en un encanto de caricias sin fin, bañada por el vivificante rocío de su cariño, e íbamos felices y contentos por la escabrosa vereda de la existencia. A medida que transcurría nuestra vida conyugal, Adela con su be-



Esta foto muestra la ruta que siguió el bombardero B-50 de la Fuerza Aérea Norteamericana, bautizado con el nombre de "Lady Lucky II", en el histórico vuelo continuo que realizó teniendo por punto de partida y arribo su base de Carswell, de Forth Worth, Texas. Se reaprovisionó de combustible en el aire en cuatro bases aéreas, que son las señaladas en el grabado. Los aprovisionadores eran unas superfortalezas convertidas en tanqueros. Recorrió 23,452 millas en 94 horas y un minuto, dos minutos menos del calculado.

lleza, bondad y ternura exquisitas captaba muchas amistades y se abría paso entre ellas, causando la admiración y envidia de las mismas. La situación en que se encontraba la obligaba a colocarse al nivel de aquellas amigas que, con su posición holgada algunas, ricas y con esposos que ganaban buenos sueldos otras, ostentaban todas un lujo y una vanidad que seguían el compás o el vaivén de sus caprichos aventados por los vientos de un desenfundado modernismo que arrastraba todo y a todos, colocándolos en la pendiente resbaladiza de la ruina... ¿Podría ella, acaso, sostener por mucho tiempo aquel desmedido lujo, sabiendo que lo que yo ganaba era solamente suficiente para sostener una vida holgada sin

compromisos? Como consecuencia de todo esto, tuve que empeñar mi pequeño cocotei en Tayabas, la única heredad que me dejó mi madre al morir. ¿Es de extrañar que aquel carácter sumiso de Adela, atenta y condescendiente como siempre se me había mostrado, se convirtiese de súbito en quisquilloso, terco y dominante, haciéndola amiga siempre de la contradicción, de suerte que su voluntad tenía siempre que imperar y regir según su deseo? ¿Sería posible que todo esto fuera el resultado de su continuo roce con esas personas de alta posición social y, queriendo imitarlas, degeneraba en ridiculez? ¡Amigo, ya no puedo soportar esta gran crisis de mi vida! Es muy pesada la cruz que la Providencia

ha puesto en mis hombros, para que pueda yo llevarla hasta el calvario del dolor; y tendré que desprenderme de ella, tarde o temprano, en la mitad de mi viacrucis...!

—Entonces, ¿qué te propones...?

—Como último recurso para resolver este problema de nuestra vida, por si aún es posible, tengo que hacer volver la corriente del agua a su primitivo cauce, y para realizarlo, te propongo un plan que tendría necesidad de tu apoyo. La primera disputa que se me presente, de las varias que solemos tener, me servirá de motivo para provocar una crisis y decirle de una vez que no puedo más tolerarla; que me marcharé para siempre dejándola a merced de su suerte, ya que así lo ha querido. Volveré a Sariaya, mi pueblo natal, para refugiarme temporalmente en su seno y volver a sentir aquel calor que me había dado vida, fuerza y energía. En mi ausencia, tú irás de visita a nuestra casa y, en cuanto ella te cuente lo ocurrido, como creo que lo hará, le dirás que, como íntimo amigo, yo no te podría negar lo que pidieses y que estando tú dispuesto a ayudarla con tal que ella prometiese regenerarse, harías que yo volviese al hogar para vivir con ella felizmente, fielmente...

—Excelente idea; estoy de acuerdo contigo, Oscar.

—Gracias por tu bondad, Peping, y hasta más ver.

Como iba entrando la noche y ya escaseaban los transeúntes que pasaban, se separaron los dos buenos amigos, tomando cada cual su propio camino pensando cada uno en el plan que habían convenido en realizar.

Llegó la mañana. Durante el desayuno estalló de nuevo la tempestad que ponía en peligro la felicidad de sus moradores quienes, en el fondo, no obstante todo ello, se amaban apasionadamente.

Adela, apenas hubo tomado al-

(Pasa a la pag. 38)



Para recuperar piezas de hierro cuyo peso varía de unas cuantas libras a mil, se están empleando "bulldozers" en los montones de escoria de la fábrica de Minnequa, de la "Fuel and Iron Corporation"—Corporación de Combustible y Hierro—, de Pueblo, Colorado, en el oeste de Estados Unidos. Este metal que se recupera sirve para mantener el alto grado de producción de acero de los Estados Unidos, al objeto de responder a la gran demanda nacional y extranjera de acero y sus manufacturas. Se calcula que se emplearán 25 años para recuperar todo el hierro que hay en este montón que tiene seis millas de longitud.

GERMINAL...

(Viene de la pag. 20)

gunos sorbos de café, comenzó a decirle a Oscar, como tantas veces le había dicho en la hora de comer o en cualquier momento que le venía en gana, que ella ya podía jactarse de poseer una cultura superior, saturada de una atmósfera de feminismo "enragé", adquirida en la alta sociedad manilense; que la mujer, mucho más si es casada, tiene perfecto derecho, como el hombre, de estar libre y de hacer lo que le plazca y de ir a donde le dé la gana, siempre que no sea apartado del camino de la moral y de la decencia... Que el hombre siempre ha querido abusar de la libertad de que goza, convirtiéndola en libertinaje, mientras que la mujer, como se ha visto en varias ocasiones, siempre ha sabido hacer uso de esa libertad.

—Basta; no quiero oír más tus impertinencias; ¡eres insostenible! —le interrumpió Oscar.

—Impertinencias llamas a eso; por eso te detesto, porque te faltan nociones del nuevo germen de vida que se ha inyectado en las naciones modernas, como Estados Unidos, Inglaterra y España misma donde ya se reconocen los derechos de la mujer. Te detesto por tus ideas rancias....

—Cállate, te digo, si no quieres que armemos una bronca... Tú has aprendido muchas lecciones de tus amigas sufragistas y ahora quieres ponerlas en práctica, pero lo que mas depioro es que por eso te olvidas de tus deberes de familia. Dejas la casa abandonada, dedicas tu tiempo en jaleos, convites, mitines y "make-up"; gastas mucho en trajes nuevos y a la última moda. Llega el fin del mes y mi poco sueldo se acaba; nuestros ahorros ya están todos agotados por seguir tus caprichos. Es el camino que estás emprendiendo el de la perdición. Ya no puedo más tolerarlo: o cambias de manera de ser, o te dejo para siem-

pre...!

—Eso lo has creído tú;—contestó firmemente Adela—yo haré lo que me dé la gana. Han pasado ya los tiempos en que la mujer era esclava del hombre; yo podré vivir con mis propios esfuerzos.

Oscar fué a su cuarto, sacó algunas ropas de su aparador y las metió en su maleta y en seguida se marchó sin proferir palabra alguna. Cerró la puerta bruscamente y se fué escaleras abajo.

Adela ni siquiera se dignó moverse ni dirigir una mirada a Oscar; se acurrucó en el sillón y se puso a leer tranquilamente los periódicos de la mañana.

Oscar tenía la firmísima decisión de volver a su pueblo natal, Sariaya, aquella misma mañana. Sin pérdida de tiempo, fué a la casa de su amigo Peping para despedirse y después tomó un autocamión de pasajeros para Lucena, Tayabas, desde donde iría a Sariaya.

Llegó la tarde. La aparente serenidad con que Adela se portaba al marcharse Oscar, iba tornándose en nubes de inquietud e impaciencia. Oscar no aparecía. Había ella indagado en su oficina y en todas las partes donde éste solía estar y nadie le pudo dar cuenta de su paradero; al fin se decidió a esperar a Pepin, el amigo entrañable de su marido. Afortunadamente ya se acercaba el momento de la llegada de éste: fué una luz en la negrura de sus congojas. Adela no sabía nada de la confabulación tramada por los dos amigos. Creía que la llegada de Pepin era una simple visita de costumbre. Sin embargo, como Peping era el confidente de su esposo, acaso le podría dar alguna luz y medios de zanjar sus desavenencias conyugales. Adela, entre sollozos, relató todo lo que había acaecido aquella infausta mañana. No se le ocurrió nunca que, aunque eran muy frecuentes las dis-

putas entre ellos, en un arrebato súbito Oscar fulminaría al fin contra ella la sentencia condenatoria de un inicu desamparo.

Peping escuchó atentamente el relato de Adela y le contestó discretamente que los disgustos conyugales suelen siempre venir de cuando en cuando como lluvias de oro que caen para abrillantar los contornos del paisaje de la vida que se oscurece con el tiempo. El zumo de la vida es el dolor; con dolor nacimos y con dolor moriremos. En el vino más selecto rees la espuma la que da gusto al paladar, sino la hez que queda en el fondo de la botella, el sedimento que es amargo. Y así es la vida: para gozarla hay que sufrir, porque los sufrimientos son hijos de la felicidad. Y Adela pensaba preocupada que si la noticia del abandono de Oscar llegara a trascender al círculo de sus amistades, su reputación quedaría en entredicho. La vergüenza la haría retirarse para ocultarse detrás del escenario de la vida social. Esto no podía ser. Ella necesariamente tenía que transigir. Con la ayuda valiosa de Peping se arreglaría el grave asunto que había surgido en el camino de su vida.

De pronto sonó el timbre del teléfono y ella acudió inmediatamente para contestar. Después de haberlo, quedó muy nerviosa y como atolondrada iba y venía de un lado a otro llamando a gritos a sus criadas para que le buscaran "La Vanguardia".

Peping oyó desde afuera los gritos de Adela. Al entrar en el cuarto para socorrerla, la encontró casi extenuada de nervosismo. Le preguntó lo que pasaba, y ella, entre sollozos contenidos, contestó que una amiga suya le acababa de transmitir una mala noticia publicada en "La Vanguardia", sobre un accidente automovilístico en el que una de las víctimas era Oscar, su marido. Ella titubeaba en creerlo y quería comprobar la noticia.

Peping quedó atónito y no pudo darse exacta cuenta de su estado de ánimo sino cuando la criada entregó a Adela el periódico. Efectivamente, en un telegrama conciso procedente de Santa Cruz, Laguna, se relataba bajo grandes titulares el trágico suceso ocurrido en la carretera ya cerca de la capital de aquella provincia . . . "Un auto-camión de pasajeros iba a toda velocidad y quería adelantarse a un coche que resultó ser el del general del ejército filipino y cuyos ocupantes eran el mismo General y sus dos ayudantes de campo que venían de inspección. Una rueda delantera del auto-camión se desprendió, por cuyo motivo el vehículo volcó en el camino. Muchos han resultado heridos, la mayoría de ellos graves, y todos se hallan recluidos en el hospital de esta capital de provincia. No ha habido muertos. Afortunadamente el coche del general y de sus ayudantes no chocó con el auto-camión."

Adela estaba a punto de desmayarse, pero Peping la reanimó gracias a sus conocimientos en la ciencia médica, pues había estudiado hasta el cuarto año de Medicina. No había tiempo que perder. Peping y Adela alquilaron un auto y apresuradamente fueron al hospital provincial de Santa Cruz, Laguna. Tenían el propósito de trasladar a Oscar al Hospital General de Manila si los facultativos lo permitían.

El coche iba a toda velocidad, aunque a Adela le parecía que apenas ganaba distancia; los minutos que trascurrían eran para ella largos e interminables, los latidos de su corazón se hacían cada vez más rápidos . . . y a cada movimiento de su pecho al respirar parecía que el coche retardaba su vertiginoso correr . . .

Era ya de noche cuando llegaron por fin a su destino. El hospital se envolvía en un silencio auguroso; sólo de cuando en vez se oía

el quejido de algún herido o de un enfermo de gravedad.

Se vieron con el médico Director del Hospital quien les facilitó todos los datos necesarios y abrevió los trámites que tenían que hacer para verse con el herido; y como éste no tenía heridas de gravedad, consiguieron permiso de recogerle de allí y trasladarlo a un hospital de Manila . . .

La alegría que se apoderó de Adela al ver salvo a Oscar era tan grande que, sin decir palabra, se abalanzó a él y lo abrazó fuertemente, cubriéndole de besos y caricias. Peping abrazó también a Oscar y le felicitó por haberse salvado de una muerte inesperada.

Aquellos instantes fueron para Adela y Oscar el paréntesis más hermoso de su vida conyugal. Oscar se sintió el más feliz de los hombres y las nubes de dolor que empañaban el cielo de su dicha hubieron para siempre.

Regresaron. Y durante su regreso se sentían otra vez como dos enamorados que se fugasen, mientras la traviesa luna, que brillaba en la plenitud de su belleza, los acompañaba como guardián celoso

de tantos fugitivos de amor que buscan amparo bajo sus fulgores argentinos . . .

Allá en las alturas de una colina, en Santa Mesa, lugar poético y apacible, lejos del incesante bullicio de la ciudad manilana, se levanta un hogar venturoso, cuyos moradores viven contentísimos y felices. No hace mucho, ese hogar fué juguete de los vientos del destino causados por el soplo de una mutua incompreensión. Iba a ser arrasado por el fuego del odio, y gracias a que el destino mismo, por un accidente misterioso ocurrido en la carretera de Santa Cruz, Laguna, escogió al esposo a quien le carcomía la angustia de su triste vida conyugal, como instrumento de redención que comoviese el corazón de una esposa descarriada que en el fondo le amaba apasionadamente. A la desgarradora contemplación de una suprema desgracia para el ser querido, el llanto del dolor, que es el secreto impulso de la vida, despertó al amor y éste cobró nuevas fuerzas y volvió, como mansa corriente, a su antiguo cauce de paz y serenidad . . .

Nota Luctuosa

"¿Hasta cuando dejaréis de abusar de nuestra paciencia?"
Cicerón

Diseminó la radio el vil suceso
que de luto cubrió las Filipinas
y llevaron del éter las ondinas
el dolor en las alas del progreso . . .

La nota triste, de la muerte el beso,
que hordas "hubalajaps" asesinas
nublaron para siempre las retinas
del amor del gran Quezon, ¡su embeleso. . . !!

Si el afán de vivir desesperaba
al comunismo que su garra clava
en romances de aquel libertador,
el tagalo viril grita y reclama,
por lucha sin cuartel, rugiendo brama,
¡Venganza, muerte y odio al malhechor!

PEPITO JUAN.

Manila 23 de Abril, 1949.